

LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO

René Guénon

Quando, hace algunos años, escribimos *Oriente y Occidente*, creímos haber hecho todas las indicaciones útiles, al menos por el momento, sobre las cuestiones que constituían el objeto de ese libro. Desde entonces, los acontecimientos se han ido precipitando con una velocidad siempre creciente que, aunque sin llevarnos a cambiar una sola palabra de lo que decíamos entonces, sí hacen oportunas algunas precisiones complementarias y el desarrollo de los puntos de vista sobre los que, en un principio, no creímos necesario insistir. Estas precisiones se imponen tanto más cuanto que hemos visto afirmarse de nuevo, en los últimos tiempos, y bajo una forma bastante agresiva, algunas de las confusiones que quisimos precisamente disipar; teniendo buen cuidado de no mezclarnos en ninguna polémica, hemos juzgado conveniente poner las cosas en su punto una vez más. En este orden de cosas, se dan consideraciones, inclusive elementales, que parecen de tal modo extrañas a la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, que, para hacérselas comprender, no hay que abstenerse de volver sobre ellas con reiteración, presentándolas bajo sus diferentes aspectos y explicándolas más completamente a medida que las circunstancias lo permitan, lo que puede dar lugar a dificultades que no sería siempre posible prever desde el primer momento.

El mismo título del presente volumen demanda algunas explicaciones que, antes que nada, debemos suministrar, a fin de que se sepa cómo lo entendemos nosotros y no pueda darse, a este respecto, al menor equívoco. Que se pueda hablar de una crisis del mundo moderno, tomando la palabra "crisis" en su acepción más ordinaria, es algo que muchos ya no ponen en duda y, al menos en este aspecto, se ha pro-

ducido un cambio bastante sensible: bajo la acción misma de los acontecimientos, ciertas ilusiones comienzan a disiparse y, por nuestra parte, no podemos sino felicitarnos por ello, porque en ello se da, a pesar de todo, un síntoma bastante favorable, el indicio de una posibilidad de enderezamiento de la mentalidad contemporánea, algo que se presenta como un débil resplandor en medio del caos actual. Es así como la creencia en un "progreso" indefinido, que hace nada era tenido por una especie de dogma intangible e indiscutible, no es ya tan generalmente admitida; algunos entrevén, más o menos vagamente, más o menos confusamente, que la civilización occidental, en lugar de ir siempre desarrollándose en el mismo sentido, podría llegar un día a un punto de parada, o inclusive naufragar enteramente en algún cataclismo. Quizás éstos no ven netamente dónde está el peligro, y los temores quiméricos o pueriles que a veces manifiestan prueban suficientemente la persistencia de muchos errores en sus espíritus; pero, en fin, ya es algo que se den cuenta de que existe un peligro, incluso aunque lo sientan más que lo comprendan verdaderamente, y que lleguen a concebir que esta civilización de la que los modernos están tan orgullosos no ocupa un lugar privilegiado en la historia del mundo, que puede correr la misma suerte que tantas otras que han desaparecido en épocas más o menos lejanas, y algunas de las cuales no han dejado tras de sí más que unas ínfimas huellas, vestigios apenas perceptibles o difícilmente reconocibles.

Por consiguiente, si se dice que el mundo moderno sufre una crisis, lo que se entiende por esto más habitualmente es que ha llegado a un punto crítico o, en otros términos, que es inminente una transformación más o menos profunda, que, en breve plazo, deberá inevitablemente producirse un cambio de orientación, de grado o por la fuerza, de una manera más o menos brusca, con o sin catástrofe. Esta aceptación es perfectamente legítima y corresponde a una parte de lo que nosotros mismos pensamos, pero sólo a una parte, porque, para nosotros, y situándonos en un punto de vista más general, es toda la época moderna, en su conjunto, la que representa para el mundo un estado de crisis; parece por otra parte que nos acercamos al desenlace, y esto es lo que hoy día hace más sensible que nunca el carácter anormal de este estado de cosas que dura desde hace algunos siglos, pero cuyas consecuencias no habían llegado a ser tan visibles como lo son ahora. Ello es así también porque los acontecimientos se desarrollan con esa acelerada velocidad a la que acabamos de hacer alusión; sin duda, esto puede continuar así durante un tiempo todavía, pero no indefinidamente; e inclusive, sin estar en disposición de señalar un límite preciso, se tiene la impresión de que esto no puede durar ya mucho tiempo. Pero en el mismo término "crisis" se contienen otras significaciones que lo hacen más apto para expresar lo que queremos decir: en efecto, su etimología, que a menudo se pierde de vista en el uso corriente, pero sobre la que conviene volver, como hay que hacerlo cuando se quiere restituir a un término la plenitud de su sentido propio y de su valor original, su etimología, decimos, lo hace parcialmente sinónimo de "juicio" y de "discriminación". La fase que puede ser llamada verdaderamente "crítica", en cualquier orden de cosas, es la que conduce inmediatamente a una solución favorable o desfavorable, aquélla en que una decisión interviene en un sentido o en otro; es entonces, por consiguiente, cuando es posible hacer un juicio sobre los resultados obtenidos, de sopesar los pro y los contra, operando una especie de clasificación entre estos resultados, unos positivos, otros negativos, y de este modo ver de qué lado se inclina definitivamente la balanza. Bien entendido, no tenemos en absoluto la pretensión de establecer de una manera completa una tal discriminación, lo que, por otra parte, sería prematuro, puesto que la crisis no está todavía resuelta e incluso

no es quizá posible decir exactamente cuándo y cómo lo será, tanto más cuánto es siempre preferible abstenerse de ciertas previsiones que no podrían apoyarse sobre razones claramente inteligibles por todos y que, por tanto, correrían el riesgo de ser mal interpretadas y de añadir confusión en lugar de remediarla. Todo lo que nos podemos proponer es, pues, contribuir, hasta un cierto punto y en tanto nos lo permitan los medios de que disponemos, a dar a los que estén capacitados la conciencia de algunos resultados que parecen haber quedado bien establecidos desde ahora, preparando así, aunque no sea más que de una manera parcial y bastante indirecta, los elementos que deberán servir para el futuro “juicio”, a partir del cual se abrirá un nuevo periodo de la historia de la humanidad terrestre.

Varias de las expresiones que acabamos de emplear evocarán sin duda, en el espíritu de algunos, la idea de lo que se llama el “juicio final” y, a decir verdad, no andarán errados; que por otra parte ello se entienda literal o simbólicamente, o de las dos formas a la vez, porque en realidad no se excluyen de ningún modo, poco importa aquí, y éste no es el lugar ni el momento de explicarnos enteramente sobre este punto. En todo caso, este poner en la balanza los pros y los contras, esta discriminación de los resultados positivos y negativos, de los que en seguida hablaremos, puede seguramente hacer pensar en la separación de los “elegidos” y los “condenados” en dos grupos inmutablemente fijados para siempre; incluso aunque aquí no se trate más que de una analogía, hay que reconocer que es una analogía válida y bien fundada, de conformidad con la naturaleza misma de las cosas; y esto reclama todavía algunas explicaciones. No es ciertamente por azar por lo que tantos espíritus están hoy obsesionados por la idea del “fin del mundo”; es para lamentarlo en ciertos aspectos, porque las extravagancias a que da lugar esta idea mal comprendida, las divagaciones “mesiánicas” que son su consecuencia en diversos medios, todas estas manifestaciones productos del desequilibrio mental de nuestra época no hacen más que agravar este mismo desequilibrio en proporciones que no son en absoluto despreciables; pero, en fin, no es menos cierto que aquí hay un hecho que no nos podemos dispensar de tener en cuenta. La actitud más cómoda, cuando se constatan cosas de este género, es con toda seguridad la que consiste en apartarlas pura y simplemente sin mayor examen, en tratarlas como errores o sueños sin importancia; nosotros pensamos sin embargo, que inclusive si son efectivamente errores, vale más, aun denunciándolos como tales, buscar las razones que los han provocado y la parte de verdad más o menos deformada que puede a pesar de todo encontrarse contenida en ellos, porque, no teniendo en suma el error más que un modo de existencia puramente negativo, el error absoluto no puede encontrarse en ninguna parte y no es más que una palabra vacía de sentido. Si se consideran las cosas de esta manera, se percibe sin esfuerzo que esta preocupación del “fin del mundo” está estrechamente ligada con el estado de malestar general en el que al presente vivimos: el oscuro presentimiento de algo que está efectivamente a punto de acabar, actuando sin control sobre ciertas imaginaciones, produce naturalmente representaciones desordenadas y lo más a menudo groseramente materializadas, que, a su vez, se traducen exteriormente por las extravagancias a las que acabamos de hacer alusión. Esta explicación no es, por otra parte, una excusa en favor de éstos; o al menos, si se puede excusar a los que caen involuntariamente en el error, porque están predispuestos a él por causa de un estado mental del que no son responsables, esto no podría ser jamás una razón para excusar el error mismo. Por lo demás, en lo que nos concierne, no se nos podrá reprochar de ninguna manera una indulgencia excesiva respecto a manifestaciones “pseudorreligiosas” del mundo

contemporáneo, no más que de todos los errores modernos en general; sabemos inclusive que algunos estarían más bien tentados de hacernos el reproche contrario, y quizá lo que decimos aquí les hará comprender mejor cómo encaramos estas cosas, esforzándonos en situarnos siempre en el único punto de vista que nos importa, el de la verdad imparcial y desinteresada.

Esto no es todo: una explicación simplemente “psicológica” de la idea del “fin del mundo” y de sus manifestaciones actuales, por justa que sea en su orden, no podría pasar a nuestros ojos por plenamente suficiente; atenerse a ella sería dejarse influenciar por una de esas ilusiones modernas contra las que nos oponemos en toda ocasión que se presenta. Algunos, decíamos, sienten confusamente el fin inminente de algo cuya naturaleza y alcance no pueden exactamente definir; es preciso admitir que ellos tienen aquí una percepción muy real, aunque vaga y sujeta a falsas interpretaciones o a deformaciones imaginativas, puesto que, cualquiera que sea este fin, la crisis que debe forzosamente desembocar en él es bastante aparente y una multitud de signos inequívocos y fáciles de verificar conducen todos de una manera concordante a la misma conclusión. Este fin no es sin duda el “fin del mundo”, en el sentido total en que algunos lo quieren entender, pero es, al menos, el fin de un mundo; y si lo que debe acabar es la civilización occidental bajo su forma actual, es comprensible que quienes se han acostumbrado a no ver nada fuera de ella, a considerarla como “la civilización”, sin epíteto, crean fácilmente que todo acabará con ella y que, si ella llega a desaparecer, eso será verdaderamente el “fin del mundo”. Diremos pues, para llevar las cosas a sus justas proporciones, que parece desde luego que nos aproximamos realmente al fin de un mundo, es decir, al fin de una época o de un ciclo histórico, que puede por otra parte estar en correspondencia con un ciclo cósmico, según lo que a este respecto enseñan todas las doctrinas tradicionales. Ya ha habido en el pasado muchos acontecimientos de este género y sin duda habrá otros en el porvenir; acontecimientos de importancia desigual, por lo demás, según den fin a periodos más o menos amplios y según conciernan al conjunto de la humanidad terrestre o solamente a una u otra porción de ella, una raza o un pueblo determinado. Es de suponer, en el estado presente del mundo, que el cambio que sobrevendrá tendrá un alcance muy general, y que, cualquiera que sea la forma que revista, y que no intentamos definir, afectará más o menos a la tierra entera. En todo caso, las leyes que rigen tales acontecimientos son aplicables analógicamente a todos los grados; también lo que se ha dicho del “fin del mundo”, en un sentido tan completo como es posible concebirlo, y que por otra parte no se refiere de ordinario más que al mundo terrestre, es todavía verdadero, guardadas todas las proporciones, cuando se trata simplemente del fin de un mundo cualquiera en un sentido mucho más restringido.

Guénon René,
La crisis del mundo moderno,
Barcelona, Ediciones Obelisco, 1982.